

— No, dijo la señora Mossler; dele usted un billete de quinientos francos para que pueda pagar sus deudas más escandalosas y vestirse decentemente á fin de encontrar un empleo.

— Señora, dijo el meridional con la mano sobre el corazón y en la actitud solemne de un torero cuando va á matar al toro, ¡mi sangre es de usted!

Cogió el billete, saludó profundamente á Eliphas y salió.

— Pues bien, señora, como éste es la mitad de su clientela, Todos los días recibo diez farsantes del mismo género. ¿Sabe usted á dónde va en este momento el tal Bouscarés?

— Á dar la buena noticia á su familia.

— No. Á tomarse un ajenjo en el café y á contar á sus colegas en el arte del merodeo que acaba de sacar á usted quinientos francos. Mañana habrá aumento de peticiones: esos pillos se envían unos á otros. ¡Ah! usted protege ese oficio!

La señora Mossler movió melancólicamente la cabeza:

— ¿Cuánto he pagado el otro día por un palco para la función de beneficio de aquel antiguo actor?

— Mil francos.

— Y me he divertido cinco minutos. ¿Por qué no dar quinientos francos á éste que me ha distraído durante media hora?

— Volverá.

— Y no me encontrará, acaso, tan complaciente.

— Sí, si el conde Valentín ha estado menos amable.

— Vea usted; por esa razón, contra la cual nada puede el pobre diablo, será puesto en la puerta. Así se deciden la mayor parte de las cuestiones que interesan á la humanidad.

— Ante esa observación filosófica, dijo Eliphas riendo, pido á usted permiso para retirarme.

— ¿Vendrá usted á comer conmigo esta tarde?

— Si está usted sola, seguramente.

— Bueno: se lo avisaré por teléfono. Adiós.

El señor Eliphas salió y la señora Mossler se aproximó á un escritorio y tranquilamente, como un jefe de Estado que despacha su firma diaria, se puso á rubricar unas cartas que había dejado preparadas su Ministro de la Caridad. No siempre había vivido sobre un trono de oro aquella caritativa mujer. Sus principios habían sido más modestos. Hija de un pastor protestante de Haguenau, se casó con Gedeón Mossler, que se ocupaba en colocar las cervezas de Molsheim en todas las tabernas de Alsacia, pequeño comercio que no presentaba riesgos, daba pocos beneficios y exigía una actividad física incansable. Gedeón era un buen mozo, rubio, de estampa un poco

burda, pero valeroso y paciente como esos grandes bueyes que se ven por las carreteras del Estado arrastrando con paso tranquilo enormes carretas parecidas todavía á las que sirvieron de vehículo para las invasiones de los bárbaros. En cuanto se casó, Gedeón no se contentó con las escasas ganancias que le producía el comercio de la cerveza. Quiso hacerse á su vez fabricante y, sin capital, fiando en la benevolencia que se le expresaba en todas partes donde aparecía su cara jovial, fundó una fábrica de cerveza. Pero no pudo resistir la concurrencia que le hicieron sus antiguos parroquianos. El crédito que se veía obligado á hacer á sus compradores le puso prontamente en apuro y tuvo que vender el establecimiento. Sus economías, el dote de su mujer, todo fué consumido por este primer desastre que no fué más que el prelude de la existencia accidentada que iba á emprender Mossler en persecución de la fortuna.

Disgustado del comercio de cerveza, se hizo vendedor de ferretería. Con un carricoche y un caballo recorrió las aldeas de la frontera y llegó hasta Suiza para comprar desperdicios de hierro, planchas rotas de chimenea y utensilios viejos. En este oficio y á fuerza de trabajos, llegó á economizar en tres años ocho mil francos. Tanto él como su mujer se impusieron durante ese tiempo privaciones increíbles; y el orden, la paciencia y la

abnegación de aquellas honradas gentes ofrecieron un admirable ejemplo. El pastor protestante decía : « es imposible que dos seres tan perfectos no sean algún día recompensados de sus penas. Mi hija y mi yerno son unos ángeles. El cielo les pertenece. »

Pero el cielo no bastaba á Mossler, que quería poseer la tierra. La ambición de aquel empedernido caminante era inmensa. Si hubiera dicho la centésima parte de lo que pensaba, se le hubiera tenido por loco. Estaba convencido de que el día menos pensado atraparía la fortuna y llegaría á ser millonario. Mientras tanto, compraba hierro viejo, iba llenando su calcetín de economías y hacía dichosa á su mujer, pero estaba mortificado por un temor secreto; el de no tener ningún hijo. Hacía cinco años que se había casado y su mujer no le daba un heredero. ¿ Á quién dejaría su fortuna, aquella famosa fortuna que debía lograr? Su mujer le consolaba diciéndole : « Pero Gedeón, acaso es una gran dicha que yo esté libre para arreglar tu almacén, sin ninguna otra preocupación que la de vender lo que tú compras. Tenemos aún mucho tiempo para esperar. Tú eres joven y yo también. » Y esperaron tanto, que al cabo de diez años aún su casa estaba vacía.

Gedeón hizo sucesivamente el comercio de granos, de aguardientes, de lanas, y se encontraba á la sazón al frente de un capital de sesenta mil

francos. El pastor había muerto y nada retenía ya en Alsacia al joven matrimonio. Mossler y su mujer dejaron Molsheim y fueron á establecerse en Reims. Allí Gedeón, que había adquirido la costumbre de vender todo lo que era susceptible de tráfico, fundó una casa de exportación de vinos de Champagne é inundó el Brasil, Chile y todas las repúblicas de la América del sur de productos adulterados que, bajo pomposas etiquetas, contribuyeron á arruinar la salud de los plantadores, ávidos de vivir á la moda europea. La guerra de 1870 echó por tierra, esta vez más rudamente que la primera, todo el edificio tan laboriosamente levantado por el pobre Mossler. Tuvo que cumplir sus compromisos, mientras que sus corresponsales extranjeros se apresuraban á faltar á los suyos, y el desastre nacional se duplicó para Gedeón con una catástrofe privada que le hubiera conducido á la quiebra si su probidad no hubiese desarmado hasta á sus más duros acreedores. Pero se quedó sin recursos y sin comercio, porque ¿á quién podía enviar sus falsos vinos de Champagne? Los alemanes estaban en Francia, Reims estaba tomada y el maldito « Schwob » hacía andar ligeros á los franceses á culatazos.

Mossler tenía treinta y seis años y se alistó por toda la guerra. Fué hecho prisionero en Sedán, pero no permaneció ni veinticuatro horas en poder

del enemigo. En aquella Lorena, de la que conocía todos los senderos, por haberlos recorrido desde su niñez, no le costó gran trabajo encontrar una ocasión de escaparse. El convoy de que formaba parte no había llegado á Nancy cuando ya Gedeón había tomado el portante. Llegado á casa de su mujer, aún furioso por la derrota y por el cautiverio, y pálido por los sufrimientos padecidos en la « isla del hambre », reflexionó, vió muy comprometida la partida, comprendió cuán inútil sería en las filas del ejército y determinó prestar mejores servicios.

París estaba sitiado. Gedeón se fué á Tours y ofreció al Gobierno de la Defensa paño para vestir las tropas, zapatos para calzarlas y fusiles para armarlas. Era tan afirmativo, tan emprendedor en medio del pánico general, que los ingenieros que mandaban entonces el ejército francés tuvieron confianza en él. Mossler concluyó los contratos necesarios y partió para América, donde hizo prodigios de actividad y embarcó armas, ropas y municiones. Si le estimulan un poco, envía también generales. En el momento del armisticio, estaba negociando un nuevo empréstito en Inglaterra en nombre del Gobierno francés. La paz le volvió á sus ocupaciones particulares y, terminadas todas sus empresas, se encontró tan pobre como en el momento de empezarlas. La ingratitud de los hom-

bres que presidían los destinos de Francia se mostró entonces en toda su plenitud. No hubo ni una condecoración para recompensar á aquel valiente joven que volvía á su casa con las manos vacías después de haber manejado tantos millones; todas las recompensas estuvieron reservadas para los intrigantes.

Recorriendo las calles de París para procurarse una ocupación lucrativa, Mossler encontró á su compatriota Eliphas Clement. Alsacianos los dos y ambos protestantes, estaban hechos para entenderse. Eliphas era cajero en la casa de banca Pilet y Berger. La casualidad quiso que sus jefes buscasen un hombre resuelto para ir al Cabo de Buena Esperanza y á Natal á fin de visitar unas concesiones mineras que cierto especulador se proponía vender por acciones. Mossler se ofreció, fué aceptado y partió. En aquel país enteramente nuevo se dió prontamente cuenta de las ganancias inmensas que se podían realizar, y una vez terminado su cometido para la casa Pilet y Berger, se quedó en el Transvaal para trabajar allí por cuenta propia.

Asociado con un inglés llamado Harrison, fué el primero que explotó los campos de diamantes. Los muy raros europeos que se establecían en aquellos remotos países, fundaban establecimientos agrícolas á imitación de los boers. Algunos aventureros se arriesgaban á buscar yacimientos

de oro y era raro que volbiesen á aparecer. Las tribus negras se encargaban de dar cuenta de ellos. Imposible el describir las fatigas y las miserias que Harrison y Mossler desafiaron intrépidamente. Era preciso estar templados como ellos lo estaban y devorados por el deseo de triunfar, para no desistir de la empresa. Con tres malgachos por todo séquito, siempre con el revólver en la mano y la carabina al hombro, los dos europeos vivieron diez y ocho meses en el desierto y volvieron á Natal con un cargamento de diamantes en bruto que fué vendido en cuatrocientos diez y siete mil francos. Harrison, alucinado por ese resultado, quiso montar una expedición importante con su parte en los beneficios. Contrató cien hombres y cargó en treinta carros todo un material de campamento. En vano Mossler quiso convencerle de que el esfuerzo que iba á intentar era prematuro y de que era preferible volver á marchar una vez más los dos, con sus tres servidores, para no inquietar á las tribus salvajes, pasar inadvertidos y no tentar la rapacidad de los merodeadores del desierto. El inglés, orgullosamente aferrado á su proyecto, se alejó y no volvió á aparecer.

Mossler, entregado á sí mismo, se volvió á su antiguo terreno de explotación, trabajó durante un año y regresó á Pretoria con una recolección de diamantes mucho más importante que la primera.

Poseedor de ochocientos mil francos, envió quinientos mil á la casa Pilet y Berger y escribió á su mujer que fuese á reunirse con él. Entonces ya no dudaba. Veía la fortuna pronta á surgir, á su llamada, de las entrañas de aquella tierra fecunda en tesoros. Con los trescientos mil francos que poseía, se propuso adquirir terrenos, ser dueño de su explotación y de su material y, defendido por gente segura, organizar expediciones bien escoltadas, á fin de no tener necesidad de volver á la costa para vender sus mercancías.

Dos años después, Gedeón y su mujer vivían en Mosslerburgo, en la orilla de un afluente del Limpopo, á veinticinco leguas de Pretoria, y tenían á sus expensas doscientos habitantes cafres. Su dominio contaba una extensión de veinte mil hectáreas y Mossler había abandonado la busca de diamantes para dedicarse por completo á la explotación de las minas de oro. Al profundizar en la tierra para echar los cimientos de su morada principal, encontró un filón de oro de una abundancia extraordinaria. Siguió la vena, investigó en sitios diferentes y en todas partes el precioso mineral acusó su presencia. Estaba rodeado de campos de oro. Pero supo guardar silencio y no dar á conocer su alegría, y acostado sobre miles de millones que el suelo le guardaba fielmente,

continuó trabajando como un pobre diablo de la mañana á la noche.

Durante diez años no tuvo concurrencia alguna. Se hizo enviar por Eliphas pulverizadores, excavadores y todo el material necesario y al mismo tiempo invitó á su amigo á que le confiara sus economías. « Daré á usted buena cuenta de su dinero, le escribía, tenga confianza en mí. » Eliphas, que tenía cuarenta mil francos, los dió sin pedir explicaciones y no pareció que le extrañaba el no recibir intereses durante varios años. Pensaba que Mossler debía hacer importantes negocios á juzgar por los útiles que pidió, pero no tenía más que vagas nociones respecto del género de trabajo á que se entregaba su compatriota.

Una mañana, después de largos meses, recibió aviso de que en la casa Pilet y Berger tenía depositada á su disposición una suma de quinientos mil francos, importe de sus beneficios, y habiendo escrito, estupefacto, para pedir explicaciones, Mossler le contestó á vuelta de correo, al cabo de algunas semanas y como hombre que no tiene tiempo de hacer frases: « Las veinte mil libras esterlinas son el producto de su comandita de usted. No se atormente; guardo aún sus cuarenta mil francos, que se reproducirán todavía ».

En Mosslerburgo había ya dos mil almas y, por desgracia, no escaso número de europeos, escoria

del viejo mundo, hasta el punto de que había sido preciso organizar una milicia para defenderse de los blancos, infinitamente más temibles que los negros. Mossler y su mujer no habitaban ya el pueblo, pues se habían establecido en el interior de las tierras. Eran poseedores de un territorio más grande que tres provincias francesas y vivían no sólo con comodidad, sino con lujo. El cultivo había convertido aquella comarca en un verdadero paraíso. Dueño en esta época de una inmensa fortuna, que no podía menos de aumentar con incalculable rapidez, Mossler seguía siendo el hombre sencillo que en otro tiempo corría en su carricoche por los caminos de Alsacia para comprar hierro viejo. Tenía cuarenta y seis años, pero fatigado por la vida terrible que había soportado al comienzo de su explotación, estaba enteramente canoso. La señora Mossler, morena y delgada, conservaba las apariencias de la juventud, á pesar de que tenía treinta y nueve años y de que no había economizado sus fuerzas al lado de su marido.

No tenían ningún hijo, pero Gedeón parecía consolarse con los absorbentes cuidados de una explotación colosal. Tenía veinte minas en plena actividad y los perfeccionamientos que introducía de momento en momento en las operaciones de extracción y lavado, aumentaban el rendimiento

de mineral. Era imposible calcular las ganancias y él solo sabía lo que los bancos de Pretoria, de Natal y del Cabo giraban á Europa por su cuenta. Por lo demás, la concurrencia empezaba á hacerse seria. El país estaba surcado por los buscadores de oro y con gran frecuencia se libraban combates sangrientos entre las milicias que escoltaban los convoyes y los salteadores de caminos que intentaban robarlos.

Á consecuencia de una de estas escaramuzas en el camino de Pretoria, los negros llevaron un día á la quinta un joven extranjero gravemente herido de un tiro en una pierna. Acogido por los señores Mossler, el herido declaró, cuando recobró el conocimiento, que era francés y que se llamaba Jacobo conde de Chef de Coutras. Arruinado por una vida de disipación se expatrió para no arrastrar su miseria por París, y en sociedad con un irlandés muy poco escrupuloso, formó el proyecto de dedicarse al comercio de aguardientes. Iban ambos escoltando sus mercancías, cuando el convoy fué atacado al pasar el río Jackson. El irlandés se hizo matar valientemente sobre sus toneles de alcohol, pero los salteadores resultaron los más fuertes y el joven conde fué salvado por algunos servidores fieles. Se encontraba, pues, sin recursos y sin esperanzas y no le restaba sino hacerse filibustero ó pegarse un tiro en la cabeza.

Mossler le advirtió con mucha calma que todo era preferible á la muerte y que trabajando se ganaba más que robando. Le ofreció en seguida emplearle en la explotación, y como el conde Chef de Coutras declaró francamente que jamás había empleado sus diez dedos y que, fuera de tirar á la perfección y de montar intrépidamente, no se creía apto para nada, Gedeón le encargó de inspeccionar los establecimientos. La tarea no era insignificante y el conde Jacobo tuvo ocasión de probar sus disposiciones de caballista por caminos muy poco practicables. Se iba por dos ó tres días á veinte ó treinta leguas de distancia, la carabina colgada del arzón y el revólver dispuesto en las pistoleras, y permanecía en medio de los campamentos de negros. Esta existencia aventurera le agradaba. Cuando la señora Mossler se apiadaba por la dureza de su suerte, él respondía : « No me compadezca usted ; vale más vivir como vivo, libre y en pleno aire, que vegetar en un rincón de provincia siendo subprefecto ó casarse con una *cocotte* retirada con sus ganancias.

Su distracción era la caza, en la que sobresalía. Jamás se había visto un tirador más seguro ; ponía la bala donde quería. Mató todos los jaguares que amenazaban los ganados de Mossler é hizo con las pieles una alfombra para el salón que no tenía nada de ordinaria. Cuando tomó confianza con sus

huéspedes, contó su vida íntima á la señora Mossler. Dijo que había dejado en Francia un niño nacido de su unión con una mujer divorciada, que había ya muerto. El niño, Valentín reconocido por su padre al tiempo de expatriarse, no tenía más que seis años y era un guapo muchacho, cuyo retrato poseía el conde y que sonreía con gracia inocente. La señora Mossler tomó cariño desde lejos al niño abandonado y envió dinero á la nodriza que le cuidaba.

Acaso la juventud y los atractivos del conde Jacobo no fueron extraños á la ternura que aquella mujer, envejecida sin hijos, concibió por el semi-huérfano. Investigando bien en el corazón de la austera protestante, ¿ quién sabe si se hubiera descubierto una tardía eflorescencia de amor hacia aquel simpático tarambana que tanto animaba la vida del desierto ? Nadie pudo sospecharlo y la misma señora Mossler no lo supo jamás, probablemente. Sus principios eran demasiado sólidos para que pudiera correr ni una sombra de peligro. El favor en que tenía al conde afectaba la forma de un cariño maternal, hasta el punto de que Mossler se asombraba viendo la inquietud que sentía su mujer cuando aquél tardaba en volver de alguna expedición. El honrado Gedeón estaba demasiado seguro de su mujer para entrar en desconfianza. Por el contrario, se complació en colmar

de favores al protegido de la señora Mossler. Como á Eliphás, le dió una participación en los beneficios, y el conde Chef de Coutras vió con profunda alegría que con un poco de valor y de paciencia, volvería á Francia más rico que nunca lo había sido. Pero no se le logró esa dicha; una fiebre palúdica que adquirió en los pantanos de Buffelsdorn le aniquiló en pocas horas y, á pesar de los cuidados de la señora Mossler y de la intervención del excelente médico de la explotación, murió en la plenitud de sus fuerzas y de su juventud, suplicando á sus amigos, consternados, que no abandonasen al pequeño Valentín.

Pareció que la muerte del conde hacía odiosa la permanencia en el Transvaal á la señora Mossler, pues desde entonces estuvo triste y su debilidad y desmejoramiento llegaron á tal punto, que fué preciso que volviese á Europa para restablecer su salud. Mossler no quiso dejarla partir sola y se embarcó con ella. Se instalaron en París en el magnífico hotel de los Campos Elíseos y entonces hicieron por primera vez con la casa Pilet y Berger la cuenta de lo que poseían en capitales realizados. En aquella época la riqueza de Mossler se elevaba á setenta y cinco millones, empleados en valores de primer orden en Inglaterra, en Francia y en América. Sus minas de oro estaban en plena actividad y producían todos los años be-

neficios inmensos. Era dueño absoluto de ellas, sin más accionista que su amigo Eliphás Clement á quien los cuarenta mil francos producían, próximamente, el quinientos por ciento anual y esto porque el severo puritano no quería aceptar más, por encontrar inmoral tanta ganancia.

Entonces Mossler, que se aproximaba á los sesenta años, juzgó que su actividad sería pronto insuficiente para dirigir sus inmensos negocios y determinó dividir sus minas en acciones. Bien aconsejado por Federico Clement, que dirigía ya casi solo el banco Pilet y Berger, emitió los títulos en el mercado de Londres á una libra esterlina. Esa forma de emisión fué una novedad; la fortuna puesta al alcance de todos los bolsillos, aun de los menos provistos. El resultado fué inmenso. Mossler, que se quedó siendo propietario de la mitad de los títulos, cobró, por la otra mitad, la suma de ciento veinticinco millones y el antiguo ferretero alsaciano permaneció tan tranquilo ante aquella realización prodigiosa como lo estuvo en otro tiempo ante la ruina y la inminente quiebra. Compró casas y terrenos, subvencionó industrias, empleó sus capitales del modo más juicioso fundó los cimientos de una indestructible fortuna. En seguida, después de llevar el niño Valentín á su mujer, para distraerla, volvió al Transvaal, queriendo tener el honor de enriquecer á sus ac-

cionistas como él mismo se había enriquecido.

Durante dos años todavía trabajó con ardor admirable y en aquellos veinticuatro meses dió á sus asuntos un impulso que debía dejarlos florecientes por mucho tiempo, nada más que por la fuerza adquirida. Puso al frente de todos los servicios hombres adiestrados por él é interesados en la empresa, y cansado de vivir solo, á su edad, volvió á Francia y declaró que no pensaba ir más á Pretoria, pues dirigiría de lejos los trabajos de la compañía. Pero no pareció sino que la actividad era la ley vital de aquel trabajador, hasta entonces incansable, y que sus fuerzas debían abandonarle en cuanto permaneciera ocioso. Instalado en su suntuosa casa de París, Mossler, que nunca había estado enfermo, se sintió débil y delicado. Consultó á los mejores médicos y todos estuvieron de acuerdo en declarar que no estaba atacado de ninguna afección claramente determinada, pero que todos sus órganos estaban cansados. Aquella máquina, demasiado caldeada y á la que había exigido tantos esfuerzos, se descomponía en el reposo y se hacía rebelde para su dueño.

Mossler, que había dado muchas pruebas de un valor muy sólido, no se dejó abatir y luchó contra la muerte como había luchado por la vida. Abrió su casa y dió fiestas que han permanecido famosas por su esplendor. Deslumbró á París con su lujo

y le asombró con su beneficencia. Hizo construir en Gros-Caillou un hospital para seiscientos enfermos y le dotó con bastante esplendidez para que nunca necesitase recurrir á los fondos públicos. Compró objetos de arte, que sin él hubieran emigrado á América, é hizo de su hotel un museo. Entonces fué cuando un cronista llamó á la señora Mossler la reina del oro, nombre que fué recogido con ironía por sus envidiosos y con respeto por sus agradecidos; pero como éstos eran los más numerosos, gracias á la caridad inagotable de aquella señora, el sobrenombre no se hizo un título de odio, sino una patente de generosidad.

En aquella situación, apoteosis de su vida, Gedeón se sintió herido irremediablemente. Con estoica melancolía, porque aquel protestante tenía un alma de héroe, se dió cuenta de que los días de lucha y de trabajo habían sido los más dichosos y de que el sueño del reposo alegre y pacífico era una ilusión. Después de haber cultivado su campo y sembrado en él abundantes mieses regadas con su sudor, con sus lágrimas y con su sangre, la dura condición humana le hacía sentir el peso de su yugo cuando no había que hacer sino aprovechar los soberbios frutos recogidos y vivir opulento y libre. La muerte se presentaba; en cuanto llegase á su objeto, era preciso volver á partir, para siempre ya. Se resignó, puso á su mujer al

corriente de los negocios, le enseñó á dirigirlos, colocó á sulado á Eliphas como guardián incorruptible y, seguro de que su obra no corría riesgos, una noche se extinguió sin sacudidas, sin sufrimiento, como una lámpara que se apaga al soplo de la tormenta. La señora Mossler quedó inconsolable, pues sentía por su marido una ternura mezclada de admiración, sentimientos dedicados respectivamente al hombre y al genial aventurero. Le lloró en silencio, cerró su casa, se retiró á su propiedad de la Chapelle-Sauvigny, y con centró todo el interés de su vida en el hijo de aquel á quien había amado, acaso, en sus ensueños.

II

El muchacho tenía quince años y estaba estudiando en el liceo de Luis el Grande por decisión de Gedeón Mossler, el cual, no habiendo recibido sino una educación muy sumaria, consideraba la instrucción como el primero de los bienes. La señora Mossler sacaba al joven del colegio todos los domingos é iba á visitarle con regularidad todos los jueves. No le mimaba y le dirigía siempre graves discursos que parecían aburrir soberanamente á Valentín. Era difícil encontrar un muchacho más bello que el hijo del conde Chef de Coutras. Alto, delgado, rubio como su padre, con ojos acariciadores y boca sensual adornada de blancos dientes, prometía ser, como fué, uno de los hombres más seductores de París. Su carácter, aun no bien formado, se anunciaba resuelto. Un día el rechoncho Simeón Golschmidt, de la casa Golschmidt y